

PALABRAS DE BIENVENIDA Y DE RECUERDO

POR

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGOÑA

Unas breves palabras de bienvenida a este XXVII Congreso, cuyo tema es el poder. Palabra tan prostituida y desacralizada que puede confundirse con esos sucedáneos que hoy padecemos y que, sin embargo, en nuestro rico lenguaje tenían otros nombres: tiranía, anarquía, despotismo, libertinaje..., o, en léxico más vulgar, simple merienda de negros, aunque no sean precisamente negros los que la disfrutan.

Pero el poder, como posiblemente os dirán más doctos conferenciantes, es otra cosa. No voy a pisar ajenas ponencias, pero sí me permitiréis una leve incursión a temas que posiblemente desarrollará mucho más, y ciertamente mejor, mi querido amigo Estanislao Cantero.

Creo firmemente, con mi venerado maestro Donoso Cortés, que detrás de todo está la teología. Y, mejor que detrás, sobre todo. Porque por Dios existimos y para Él somos. Que los hombres de hoy no quieran reconocerlo es otro problema. Su problema y nuestro problema. Pero ahí está. Dios. Y ello ciertamente se proclamará en una reunión de amigos de la Ciudad Católica.

El poder y Dios. Que es el omnipotente. El todopoderoso. El poder, reflejo del poder de Dios. El poder con el que Dios quiso que fueran gobernadas sus criaturas dentro de esa libertad que su Providencia ha dejado para que los hombres con su gracia, de Él, y su albedrío, nuestro, ganáramos el cielo.

Todo poder viene de Dios. Ningún poder tendrías sobre mí si no se te hubiera dado de arriba. Vamos a hablar de cosas santas. Aunque los hombres seamos capaces de mancharlas tanto que hagamos casi irreconocible el dedo de Dios.

El poder de Dios en Dios. El poder de Dios actuando en el mundo. El Todopoderoso hizo en mí maravillas, aquel cuyo nombre es santo. En vísperas de la Inmaculada, de esa fiesta que hemos reconquistado uniendo nuestros débiles poderes al de Aquel que todo lo puede y, ciertamente, mucho más que Satanás, que es la potestad maligna de la que derivan todos los malos poderes, todos los poderes de hoy, no quiero concluir sin recordar a tan buena madre, que no precisa de tales recordatorios pues los tenía

en sus amorosas miradas, pero que se goza en los amores fraternales de sus hijos, a aquellos que en este año han dejado de estar entre nosotros porque han acudido al abrazo del Padre.

A Germán Álvarez de Sotomayor, tantos años presidente de amigos de la Ciudad Católica. Aquí en este mundo nos quedaron su bastón y su cojera. Las balas de los enemigos del poder de Dios pueden quebrar piernas, pero no voluntades y amores. Y a los ojos de Dios omnipotente corrió bien la carrera. Y llegó ligero, con todas sus viejas y amadas ilusiones, a recibir el premio que Cristo le tenía preparado como siervo bueno y fiel.

Y con él llegó el tantísimos años director de *Verbo*, José Antonio García de Cortázar. Los ojos que Dios le había cerrado en este mundo, varios años antes de morir, están ya abiertos y llenos de la hermosísima luz del Todopoderoso.

Hace muchos años, tantos que yo ni siquiera había nacido, Germán y José Antonio soñaron una España mejor y católica. Entre las llamas que quemaban los templos y las balas que asesinaban a los que creían en Dios. Y aquella diminuta estrella que llevaban en su guerrera de soldados fue como la polar que guía al puerto seguro. Y si al final los ojos de uno ya no la veían y el andar del otro hacía fatigoso el seguirla, el corazón suplía con alas de amor lo que pudiera faltar de capacidades físicas y nos dieron a todos imborrable ejemplo y, lo que más vale, al capitán del cielo servicio de buen soldado.

También se nos fue este año un santo sabio, que vale mucho más que un sabio a secas. Sebastián Mariner. Que tantas veces en estos congresos dirigía el coro en la misa, además de dirigirnos en tantas otras cosas.

Y Javier Bocanegra, que murió en accidente cuando su juventud y preparación tanto nos permitían esperar de él.

Y sin duda hubo otros compañeros de trincheras en el combate por el reino de Cristo, suscriptores de *Verbo*, asiduos a estos congresos, que por no haber desarrollado conferencias o escrito artículos, han pasado tal vez más desapercibidos a nuestros pequeños ojos, pero no a los que todo lo ven de Dios nuestro Señor.

Mencionando a dos amigos queridísimos, a Joaquín García de la Concha y a Luis Vitoria, quiero en ellos poner a todos en los brazos de la madre Inmaculada para que presentándoselos a su divino Hijo, alcance para todos el perdón de sus faltas y también

—¿por qué no?— le diga que eran amigos de la Ciudad Católica y que aquí seguimos, al frío, en las trincheras, sus amigos, sus hermanos, peleando las batallas de Cristo Rey, el todopoderoso, el omnipotente Señor de cielos y tierra.

Que él nos envíe, no nuestro relevo, pues cobardía sería abandonar el combate, sino nuevas compañías que cubran los huecos. Y si no quiere darnos una próxima victoria, que seguramente por nuestros pecados no nos merecemos, nos mantenga el calor de la esperanza, la firmeza de la fe y el amor a Él hasta el día en que nos llame.

Con tan buenos ejemplos como en su bondad nos ha dado y con tan excelente y todopoderoso capitán os animo a que saquéis el mayor fruto de este XXVII congreso y continuéis poniéndolo al servicio de aquel a quien todo poder se le ha dado en el cielo y en la tierra.

HOMILIA DE LA MISA DEL 4 DE DICIEMBRE DE 1988 EN LA XXVII REUNION DE AMIGOS DE LA CIUDAD CATOLICA

POR EL

R. P. AGUSTÍN ARREDONDO, S. J.

Todo este tiempo de adviento es de esperanza optimista, por los grandes bienes que el pueblo cristiano prevé que recibirá de la primera venida de Cristo en la Navidad, que próximamente viviremos; y de la última venida al fin de los tiempos, cuando venga a realizar la liquidación definitiva de este mundo. En orden a esta última venida están dispuestos los bienes que el hombre consigue con la primera. Y en orden a la primera y la última vivió el pueblo escogido, antes de la venida del Mesías, todo el alborozo de su liberación del destierro.

Es hoy el profeta Baruc en los días de la cautividad, en el siglo VI antes de Cristo, compañero de penas a modo de secretario del gran profeta Jeremías, quien habla a Jerusalén, y en ella a todo aquel pueblo de Dios, y en ellos a nosotros los de después, exhortándonos a dejar el luto y a vestirnos de fiesta; a subir en la carroza real y a confiar en ese Dios de misericordia que ha mandado que se explanen los montes elevados y se llenen los barrancos hasta hacer llano el camino de la repatriación. Llegará la hora de nuestro rescate, el tiempo de la gracia, la etapa decisiva de la gloria.

Y llega abundantemente para nosotros la misericordia seis si-